

LA PARADÓJICA AVENTURA DEL PRIMER FASCISMO: LA REVISTA *ESCORIAL*

Por JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MARÍN

Vaya por delante que entiendo que no tendría sentido intentar una nueva revisión profunda de un tema sobradamente estudiado, desde los estudios pioneros de Elías Díaz y José Carlos Mainer hasta el reciente —y en no pocos aspectos definitivo— de Trapiello, la aportación de Santos Juliá, y los trabajos de Eduardo Iáñez, Juan Antonio González Márquez, Onésimo Díaz, Fernando Morente o Manuel Contreras, entre otros, sin olvidar los elocuentes testimonios y palinodias de protagonistas tan destacados como Ridruejo o Laín y, más tarde, el debido a Torrente Ballester.

Tampoco lo tendría ya quizá, a estas alturas, la habitual exigencia de responsabilidades políticas a aquellos personajes del pasado, y menos por parte de quienes tuvimos el privilegio de conocer y tratar, en ocasiones íntimamente, a algunos de los más cuestionados. ¿Cómo podría yo mismo desprenderme ahora de mi admiración por algunos de los que conocí ya de “maestros”, y en ocasiones como auténticos mitos generacionales, como al propio Ridruejo, al imponente don Pedro Laín, a los profesores Antonio Tovar y Rafael Lapesa, a Salvador Lissarrague, y ya en un sentido más absoluto, a don Luis Díez del Corral o a mi maestro don José Antonio Maravall? ¿Podría yo olvidar, tras esta lejana revuelta del

camino, las discretas confidencias que le oí a este último, el triste relato familiar que alguna vez hube de escuchar a la familia del desdichado Antonio Espina o las lágrimas incontroladas de aquel Luis Rosales perseguido de por vida por su más que improbable culpa? No diré yo ahora, como trataba de justificar Mourlane Michelena (tercer director de *Escorial*), “que el hombre discrepa de sí mismo cada siete años con tal de adaptarse, con gratitud o disgusto, a las circunstancias cambiantes”. La conciencia, mantenida por la memoria, es un testigo mucho más persistente que esa martingala exculpatoria. Pero no lo haré, sobre todo, obligado por mi convicción de que muchos de aquellos maestros pagaron en vida, con seguridad, sus respectivos errores y pecados de juventud, gravísimos desde nuestra actual estimativa, sin duda, pero que estamos obligados a calibrar teniendo en cuenta la circunstancia del momento que les tocó vivir y no desde nuestra cómoda perspectiva. No creo estar sólo al considerar a varios de ellos, legitimados por su conducta y por el valor de sus obras, merecedores de la respetuosa comprensión más que del ajuste de cuentas para el que creo que, en todo caso, nadie ni nada estaría legitimado a estas alturas, aunque solo fuera porque, en definitiva, ni ellos ni nosotros podríamos escapar a nuestras respectivas circunstancias.

Por eso trataré, sin mayores pretensiones, de descubrir, en una rápida ojeada a los primeros tiempos de *Escorial*, lo que entiendo que, con sus tremendos errores y responsabilidades, fue un proyecto cultural más que apreciable. *Escorial* fue, en efecto, un proyecto ambicioso en el que forzosamente habrían de incluirse colaboraciones entusiastas y hasta altruistas, subjetivamente patrióticas, junto a otras surgidas del afán de pícaros y logrereros. ¿Acaso no podríamos hogaño decir lo mismo al echar la mirada a nuestro alrededor? Olvidar a la hora de juzgar las intenciones y conductas de aquella generación sin tener en cuenta el ambiente en que les tocó vivir, no sería justo, y quizá ni siquiera posible, y menos intentarlo anclados en una “memoria histórica” tan pugnaz como la que hemos heredado. ¿Tendría sentido descalificar hoy las obras magistrales de Laín, de Díez del Corral o de Maravall con el sambenito de lo que, en mala hora, escribieron cuando eran jóvenes en los medios franquista de su juventud? No puedo estar más de acuerdo con Jordi Gracia cuando valora a Ridruejo, como

bien se podría valorar a muchos de ellos, sólo con decir que fueron hombres que “asumieron como responsabilidad ética y biográfica sus errores políticos de juventud y primera madurez”, dibujando así “una trayectoria infrecuentísima de reparación: su capacidad analítica, su veracidad ética, su integridad moral y su don de prosa”, algo que, entre nosotros, resulta forzoso reconocer –piensa Gracia con razón– como “una figura histórica muy rara”.

Escorial fue, en definitiva, un proyecto de “alta propaganda”, esto es, un instrumento de influenciación social al servicio de un Régimen que en aquel entonces no contaba con mejor apoyo ideológico para su tarea que los materiales culturales de derribo recibidos de la contienda bélica y los improvisados durante los inicios de la sangrienta postguerra. Hubo en su plantilla, como digo, gente abnegada y oportunistas logreros, quien escribía *pane lucrando* y quien lo hizo abnegadamente, auténticos y cínicos, es decir, lo mismo que hemos de reconocer que ocurre también a la sombra de nuestra amenazada democracia. Pero lo que intentaron aquellos españoles, hijos de la República y de la Guerra Civil, no fue otra cosa que enjaretar a toda prisa un ideario cultural para que el Régimen girara sobre él como alrededor de un eje siquiera provisional. No resulta difícil comprobarlo considerando la insolencia que desmerecen sus criterios exaltados junto a la reflexión sesuda o al poemilla inconsistente que pueblan sus páginas, en la variedad de unos contenidos que oscilan entre los afanes trascendentalistas y el puro capricho, entre la tensión que alejaba el criterio radical de la voluntad de mediatizar los conflictos invocando la paces y aún la fraternidad en una nación ferozmente demediada. Hubo entre esos colaboradores más totalitarios –incluso fascistas declarados y hasta nazis entusiastas– que espíritus mesurados o siquiera moderadamente abiertos, pero lo que nunca hubo en aquella redacción fue unanimidad. La revista *Escorial* tuvo que ser desde los primeros momentos, por debajo de las proclamas de unidad y camaradería, un conglomerado de criptorrivales que, para darle cuerpo a su proyecto de propaganda, imaginaron posible rehacer la destruida Cultura española, reconstruyéndola con los diversísimos materiales supervivientes en un edificio de nueva planta, lo que implicaba el compromiso de ofrecer sitio en la tarea a todo cuanto fuera aprovechable en una España convaleciente a duras penas y diezmada

por el exilio, un propósito que, a juicio de García de Cortázar, que comparto, constituyó, ciertamente, “una empresa de dudosa pulcritud política, aunque de irreprochable consistencia moral”.

Claro está que esa oferta de “rescate” iba acompañada de la condición, expresamente declarada, de excluir, desde un principio, de tan generosa oportunidad, a los que ellos llamaban todavía “colaboradores del crimen”, con los que, desde luego, “no habría cuartel”. No hay más que repasar la nómina de la revista para prever la relativa inviabilidad de un proyecto aluvional tan poco fiable en el que no faltarían ceñudas advertencias sobre los “límites” más allá de los cuales aguardaba amenazante la exclusión. La pugna interna por el control de la revista fue fiel reflejo de las tensiones políticas vividas en un partido dominante, pero en todo momento sometido a la superioridad militar del Régimen. Por eso se ha dicho, con razón, que las crisis vividas en la revista *Escorial* no fueron sino las mismas sufridas en Falange, algo fácil de comprobar comparando las conductas personales con las presiones ejercidas sobre ellas por una dictadura implacable incluso con “los suyos”. Basta seguir el curso de esa política –los vaivenes del Poder– en las variaciones de la revista, y sobra ver –primero en las crisis de que luego hablaremos, y más tarde, ya a partir del 45– cómo en las páginas de la revista cambia el tono, o cómo se eclipsan las jactancias y se suavizan los estilos. En el estudio de Eduardo Iáñez se ofrece ese agitado panorama que, ya en el 42, conmueve los cimientos de *Escorial*, a compás con los conflictos internos en el partido, a saber, de la crisis que supuso la pérdida de influencia de su creador y jefe, Serrano Súñer, y el consecuente “relevo” del equipo de los “incómodos falangistas de *Escorial*”, en adelante atraillados por José María Alfaro, un trastorno que provocará la escapada de Ridruejo al frente ruso y la relativa veladura de Laín.

Las cosas cambiarán, en efecto, en *Escorial*, tal vez más allá de la voluntad y de los iniciales propósitos de Alfaro –personaje procedente del círculo íntimo de José Antonio– porque también parecen cambiar en un Régimen alarmado ante los audaces pero vanos intentos de cuestionamiento de un caudillaje cuya paciencia colmarían los oscuros e ingenuos sucesos de Begoña. Seguramente muy presionado a causa de ello, Alfaro hubo de

rehacer el equipo de la revista alejando a los principales miembros del elenco originario, la mayoría de ellos pertenecientes al llamado “grupo de Burgos”. Muchos años más tarde, escribiría Torrente que *Escorial* no sería el mismo a partir de entonces, pues “aunque llevara el mismo nombre (en adelante) sería ya una historia distinta”. El propio Láñez resume que el mandato del nuevo director supuso la eliminación de los elementos más netamente falangistas, pero es cierto que ni en aquel momento ni luego –bajo el control creciente de los ultras católicos fundamentalistas de Arias Salgado– alcanzaría a todos ellos, ya que jerarcas como Rosales y Marichalar mantendrían su cuota de influencia, mientras Laín era defenestrado, aunque, según se decía entonces, él nunca dejaría de ascender. *Escorial* obtuvo pronto y justamente un considerable prestigio y eso convenía al Régimen tanto como lo inquietaba. Pero el declive que fue acentuándose luego, en especial tras la victoria “aliada”, mantendría a la revista en una precaria subsistencia hasta sus últimos estertores y su desaparición definitiva, ya a finales de la década de los 50.

En esta tesitura, los jóvenes y no tan jóvenes que, en *Escorial* o en cualquier otro púlpito habían extremado el gesto hasta sublimar el fascismo y el nazismo, los mismos que llegaron a ver en el totalitarismo un “régimen europeo moderno”, vieron como la derrota del Eje los dejaba con las manos vacías. El historiador García de Cortázar ha señalado, con razón, que “incluso los más honestos (entre ellos) sólo podían comprender el horizonte de la nacionalización de la cultura a través de una doble tarea de integración y depuración”, algo que se demostrará de entrada ante la madrugadora propuesta de rescate de Antonio Machado. Estaba claro que sólo “la más dura legitimación del 18 de Julio” haría posible la integración. Pero el mismo autor reconoce que, sin embargo, “nadie puede pensar que ese anhelo de construir la Cultura de los españoles sin privilegio alguno de bando escogido, resultara una ilusión ingenua y candorosa”, al menos mientras permaneciera viva la aberración, frecuente entonces, que proclamaba legítima la “verdadera, recta y limpia violencia nacional”. El caso fue que, de pronto, el mito del nacionalsindicalismo que había entusiasmado a tantos y en especial a los más jóvenes, mostraba su enjundia vacía sostenida a duras penas en el bastidor de un poder omnímodo, y

sus teóricos y propagandistas debían, por tanto, reorientarse hacia otras latitudes, la mayoría frustrados hasta el desconcierto. Desde luego, había entre aquellos jóvenes quienes poseían niveles culturales capaces de permitirles esa nueva aventura. Otros, cómo no, se vieron expuestos a la intemperie y, por supuesto, no faltaron los que se refugiaron en el cinismo en busca de la oportunidad.

Lo que no es fácil discutir es la notable calidad de la revista desde su aparición. Junto a un elenco joven —la mayoría del cual rondaba la treintena—, autores de primer nivel aparecen desde un primer momento en sus páginas, y no es difícil advertir el tacto con que sus responsables van graduando el propuesto rescate de la intelectualidad, acomodando sus decisiones al superior y mudadizo criterio político. Está claro que según fueran las cosas en El Pardo así le iría a la Falange fiel y, en consecuencia, a *Escorial*. Si no era del todo fácil “integrar” en tiempos normales —se llegaría a hablar no ya integrar sino de “humanizar” e incluso de “convertir”— a autores alejados cuando no sumisos por las circunstancias, menos lo sería incorporar a quienes habían sido disidentes reconocidos o simplemente “sospechosos” al paranoico aparato censor. Se suele recordar en este punto la temprana declaración de la revista que revelaba como “el primer objetivo de nuestra Revolución es rehacer la comunidad española, realizar la unidad de la Patria”, escapando “de una visión partidista aun cuando la guerra civil hubiera sido una necesaria toma de partido para evitar la disolución nacional”. Y esta otra más grave y elocuente convocando en *Escorial*, “bajo la norma segura y generosa de la nueva generación, a todos los valores españoles que no hayan dimitido por entero de tal condición”.

Con dificultades y reticencias, por descontado. A Menéndez Pidal le publican desde el primer número, pero habrá que esperar hasta el año 47 para que lo bendigan en la RAE. A Ortega —a pesar de que muchos entre esos entusiastas fueran orteguianos notorios— no le perdonan sus veleidades republicanas, entre otras cosas alegando que ya José Antonio Primo de Rivera, su discípulo patente y confeso, le habría puesto los puntos en un repetido artículo antes de ser fusilado. A Baroja, para qué hablar: lo cortejaron algunos (Juan Aparicio, sobre todo), otros lo denostaron sin freno, y algunos, parece que con la mediación de su devoto sobrino don Julio Caro Baroja, sólo lograrían por todo botín un par de colabo-

raciones poco más que pasables. A Valle-Inclán lo ignoraron casi todos, como era de esperar, con la excepción de su espléndido y leal biógrafo, Melchor Fernández Almagro –por más que no dejara de asomar aquí y allá un endeble propósito de “rescate” estético de su obra, y se poetizara en torno a su mito dilecto, el impresentable y seductor marqués de Bradomín–, una vez aclarado por su biógrafo que el maestro “no pudo ser marxista dada su adhesión al carlismo, su fondo católico y, sobre todo, su admiración por Mussolini...”. De Ganivet, baste recordar que en *Escorial* serán contadas sus apariciones, es probable que debido al rechazo de sus profundos acentos tradicionalistas, que no encajaban con las intenciones “revolucionarias”, sobre todo de los más jóvenes. Maeztu mismo, con su sangre derramada aún caliente, parece necesitar para legitimarse en las páginas de *Escorial* el apoyo de Samuel Ros –y ya muy tarde, eso sí, en 1949–, pero también es cierto que Luis Rosales publica su obra pronto, en el 43 y en la Editora Nacional de Laín, argumentando –que ya era argumentar– que su figura “representaba la reacción antiliberal en su época”. Como puede verse, los falangistas marcaban distancias con la derecha acérrima, *ma non troppo*.

A Azorín, por su parte, una vez superados los vetos que incluso le prohibieron al principio escribir en la prensa, lo admitieron por fin, no está claro si a instancias de Serrano Súñer o del propio Laín, para al cabo publicarle un par de colaboraciones nada trascendentes, y a pesar de que consta que contó siempre con el apoyo de Luis Rosales y del propio Ridruejo. A Ramón Gómez de la Serna –tan de la “situación” como el que más– es público que hasta lo recibió Franco antes de devolverlo a Argentina con las manos vacías. Aleixandre, tan “gran panteísta” según la crítica reaccionaria, esperaría hasta 1944 para acercarse “a los falangistas de *Escorial*” pero sólo, bien entendido, acogido a la purga laxante de una presunta “rehumanización” que, seguramente, no sin buenas intenciones, fraguaría Rosales avalado por los ridruejistas. José María Valverde debió creer necesario todavía alegar en su favor, como mérito profundo, “que no veía imposible su catolicismo fundamental”. No debió resultar fácil, ya digo, eso de la “integración” teniendo que dar cuenta rigurosa al “mando”, caso por caso, y en medio de los constantes rifirrafes internos del partido –entre

Serrano y Alfaro, entre éste y Arrese, el provocado por el “destierro diplomático” de Sainz Rodríguez, o los tejemanejes hedillistas, entre otros varios—, lo que está claro es que *Escorial* funcionaría siempre en régimen de libertad vigilada, más o menos lo mismo que otras publicaciones posteriores.

No hay que olvidar, no obstante, que el proyecto de integración —“redención” o “rescate”— avanzaría tras las huellas de la temprana y controvertida bienvenida de Ridruejo a don Antonio Machado en el primer número de *Escorial*, bienvenida desde la que se ofrecía un plan generoso de reencuentro postbélico en términos tan rotundos como estos: “la consigna de la integración de los valores no es ni más ni menos que la consigna falangista”, una consigna destinada a “contrarrestar el clima de intolerancia intelectual generado por la contienda”. Y algo aún más grave, para ser dicho en aquel tiempo escabroso, como sería la afirmación de que recuperar a esos “perdidos” no constituía sólo un espléndido ejercicio de altruismo o magnanimidad, sino que obedecía a “razones de Estado y de Gobierno” que son las que “crean la necesidad de rescate”. El problema radicaba, en cualquier caso, en que, mientras Ridruejo escribía esa noble oferta a propósito de Antonio Machado, otros falangistas, o lo que fueran, decretaban su depuración como enseñante. ¿No habíamos quedado en que don Antonio, en el peor de los casos, no sería más que un “secuestrado moral” al que el destino o la casualidad situó, desdichadamente, en el peor terreno posible, el de los enemigos?

La crónica de Manuel Machado, por no ir más lejos, resulta ilustrativa, pues cuando se le elogia en *Escorial* —o en *Arriba* o en cualquier otra tribuna beligerante— se elude sin más la peregrina circunstancia en que el poeta se encontró antes de rendirse en Burgos humanamente a la tiranía de los flamantes fascistas, que lo encarcelaron a las primeras de cambio para recuperarlo poco después, debido a presiones muy distintas. Su caso fue tan lamentable —hubo de escribir y ver reproducidos sus sonetos y poemas a Franco, ¡al general Mola!, junto a sus homenajes poéticos a José Antonio o a Menéndez Pelayo— que mereció el por entonces imprescindible elogio, gracias a la sensibilidad de algunos escritores falangistas y muy en especial a la de Luis Felipe Vivanco, que trataron de templar gaitas con los exigentes de grupos rivales, a

los que Adriano del Valle habría de provocar aún, a pesar de todo, dedicándole una décima en los primeros tiempos de la revista.

Cualquiera resultaba vulnerable ante la ferocidad inquisidora del sector más extremista de la propia Falange y al creciente poder de la facción católica de la Dictadura, que ya no dejará de prosperar. Hasta a Dámaso Alonso, a quien en principio habrían de absolverle “por su obra erudita”, lo mantendrían en el punto de mira, lo mismo que a Gerardo Diego, a quien el propio Dámaso, oficiando ya de “reconciliado”, ofrece a su vez la “conversión” ya desde *Escorial*. Buen final el de Dámaso, aunque sería necesaria, a pesar de todo, la ayuda de Cossío, la de Rosales y hasta la de un secundario entusiasta como Emiliano Aguado, para acabar de acomodarlo en una revista que, por cierto, vería evocado su nombre en más una veintena de ocasiones. Quizá no le falte razón a quien ha dicho que aquellos jóvenes falangistas de *Escorial* “iban mucho más allá de lo que temían sus adversarios políticos”. Lo que de nuevo nos descubre la vigente precariedad estimativa si recordamos —y entiendo que no es moralmente posible no recordarlo— la declaración de partida que, en el ejercicio pleno de su voluntad de “dirigismo”, anunciaba el proyecto de “integración” a base de “humanizaciones” y hasta de “rehumanizaciones”, en términos desconcertantes: aquello de que la generosa oferta alcanzaba “a todos”, pero... “con sus auténticos valores”, ya que si no (llegarían a decir) “más nos valían muertos”.

Eso sí, la recuperación de los “maestros” del 98 fue apoyada en *Escorial* con escasos recelos —obviado el intento contrario protagonizado por el implacable cura navarro Yzurdiaga y sus colaboradores falangistas—, hay que reconocer que gracias, sobre todo, a Pedro Laín que, básicamente, lograría despolitizar su imagen colectiva —eso sí, ni que decir tiene que “en clave fascista o totalitaria”— reconociéndoles el mérito de haber creado una tradición científica e intelectual que, según decía él mismo en su alegato, “de no ser recuperada o sustituida, estaríamos perdidos”. Contemplados desde el núcleo duro de *Escorial*, los 98, en su conjunto, habrían sido nada menos que “las almas más sanas, más limpias, más honradas y decentes que ha tenido España”. Laín llegaría a proclamar la “grave deuda” que los falangistas reconocían a sus “abuelos”. Para Laín y su grupo al menos, la razón no sería

otra que proponer una vía de tradición para el falangismo frente a los sectores reaccionarios que medraban cada día más en el seno del llamado Movimiento, como monopolizadores hasta entonces de la Tradición.

Lo que, a mi entender, no se sostiene en modo alguno con propiedad es caracterizar a aquellos jóvenes bajo el oxímoron de “falangistas liberales”. Sólo más tarde, con las vueltas que da la vida, resignada ya la fascinación juvenil por el fascismo, pero también de espaldas al auge de las nuevas utopías, algunos de ellos fueron abriéndose durante la segunda mitad del siglo XX a actitudes cada vez más propicias a la libertad. Es más, raro fue entre ellos, en mi opinión, el que mereciera el apodo decimonónico, romántico, y españolísimo, de “liberal” en sentido pleno, que seguiría prosperando hasta nuestros días.

Escorial hubo de ser comparada irremediablemente con las grandes revistas de su época. Con las de la era republicana, sobre todo, con la orteguiana *Revista de Occidente*, y con *Cruz y Raya*, en la que Bergamín –aquel “católico stalinista” del que con toda la razón habla Trapiello– pastoreó a placer la espuma intelectual y literaria de ese confuso periodo; pero sin olvidar a tantas otras publicaciones, cuyo repertorio es hoy bien conocido por los trabajos del mismo Trapiello, y que ha detallado con rigor, entre otros autores, Onésimo Díaz. El formato, estructura y disposición de *Escorial* recuerdan más que a ninguna otra a la de Ortega, dicho sea sin olvidar que muchos entre aquellos escritores –incluida la nueva generación que dominaba *Escorial*– vivaquearían en unas y otras a un tiempo, como seguirán haciendo en las que surgirán ya bajo el franquismo consolidado, valgan los ejemplos de la *Revista de Estudios Políticos*, *Arbor* y las variadas que editan los diferentes grupos o tendencias falangistas.

Una lectura neutral de *Escorial* ha de reconocer en sus contenidos el innegable mérito de intentar la reconstrucción cultural con el concurso de los intelectuales y creadores vencidos, proyecto original, como va dicho, del llamado “Grupo de Burgos” encabezado por Ridruejo y Laín bajo la protección política de Serrano Súñer primero y de Ruiz Giménez más tarde. El profesor Juan Antonio González Márquez, en su revelador estudio sobre la obra de Díez del Corral, reconoce que *Escorial* fue un

proyecto de facistización del Estado o de ocupación falangista del mismo, cuya voluntad integradora sería combatida desde el principio y hasta su derrota –como ya hemos expuesto anteriormente– a manos de instancias o grupos políticos e ideológicos del régimen franquista.

Pero un recorrido por sus páginas nos permitirá ver, con frecuencia con perplejidad y hasta con asombro, un sobresaliente despliegue de obras consagradas, españolas y extranjeras; un esfuerzo considerable por recobrar nuestra filosofía, tan decaída después de Ortega; el interés tanto por la Cultura como por la Ciencia exteriores; una explicable vocación por el replanteamiento del pensamiento religioso tan insensatamente ultrajado por los vencidos, aunque fuera con visibles concesiones a los propagandistas católicos; la minuciosa atención a nuestros *clásicos* tanto como a los grades autores contemporáneos extranjeros, con la explicable predilección por los alemanes e italianos, pero también con frecuentes presencias inesperadas; y, en fin, el reconocimiento definitivo de los 98 tras la bienvenida a Menéndez Pelayo, una vez zanjada las diferencias de talante y tantos otros motivos.

Es curioso y elocuente repasar *Escorial* año tras año para comprobar cómo, tras el quinquenio de los años 40, se advierten giros y frenos, dudas y discrepancias, que no son otra cosa, forzoso es repetirlo, que el eco de las pugnas políticas por el poder dentro del propio Régimen. Pero ni siquiera posteriormente, en los años 50, el peso insoportable que supuso para ellos la victoria aliada que aislaría ferozmente no sólo al Régimen sino a España y que convertiría a la revista en un incómodo obstáculo para la política exterior, conseguiría otra cosa que irla debilitando progresivamente hasta agotarla. Mientras tanto, ahí está la presencia no sólo de la pléyade de jóvenes fascistas sino la de importantes “rescatados” –entre los que el profesor González Márquez cita a Carande, Menéndez Pidal, Julián Marías, Marichalar, Dámaso Alonso, don Julio Caro Baroja, Ricardo Gullón, Vicente Gaos o Rodríguez Moñino– que anteriormente hemos ido citando. *Escorial* se mide de tu a tu con *Cruz y Raya* y será siempre, en nuestra opinión, una opción más galana y atractiva que la *Revista de Estudios Políticos*, que también se disputarán durante decenios y a dentelladas entre los jerarcas y

jerarquillas falangistas; y guardará distancias con el empeñado sahumero de *Arbor*, por no hablar de la vieja *Jerarquía* o de la más reciente *Alfárez* ni, por supuesto, de una prensa diaria entregada y servil. Uno de esos actores me comentó en una ocasión, como el que se confiesa, que su generación leía más revistas que libros... Era tal vez la consecuencia derivada de la lucha por el poder que, en el ámbito de la Cultura, resultaría tan descarada como perjudicial. Los primitivos “falangistas liberales” –valga, en todo caso, el oxímoron– hubieron de pagar a la tremenda situación un precio que la mayoría nunca dejó de lamentar, pero su trabajo, hay que reconocerlo con todos los reparos que sean del caso, no dejó de resultar paradójico en un país hambriento y no sólo a la hora de comer.

Maestros para nosotros muchos de ellos, no se les puede negar cierto paliativo que ellos habrían de justificar sobradamente con su evolución posterior. ¿Acaso no habían “evolucionado” igualmente muchas de las figuras del bando vencido recorriendo la oferta política desde el comunismo o la acracia hasta los rigores reaccionarios, y viceversa? ¿Tendría sentido escarbar una vez más en sus biografías –la de Maeztu como la de Bergamín, la de Baroja como la de Valle, la de la mayoría de los treintañeros de ambos bandos? Yo creo que no. Me lo impide nada menos que el privilegio de haberlos conocido, incluso como maestros, en esa etapa no tan fácil ni feliz como suele ponderarse sino tan esquinada y difícil como fueron las de las postrimerías del franquismo y la de la benéfica *Transición*, que ahora trata de desprestigiar tanto desprestigiado. Muchos de los que en su día organizaron en nuestras universidades “juicios” estudiantiles a aquellos maestros –recuerdo indignado el de Díez del Corral– han vivido luego y algunos siguen viviendo acogidos en partidos a los que entonces insultaban con su insignificante desprecio. No nos tiren de la lengua, por favor, en este punto. Lo que no tiene sentido, por descontado, es comparar a los falangistas de *Escorial* con las hornadas que en buena hora murieron –no tan alegremente como hoy suele creerse– esa ejemplar fórmula de concordia que fue aquella *Transición*, pero sí verlos en la distancia con el debido respeto. Se equivocaron a tropezones, qué duda cabe, pero al menos lo intentaron en una circunstancia extrema. Por lo demás, ellos también fueron derrotados, aunque quizá no imaginaban entonces lo larga que habría de ser la nueva caminata.